

El año en breve / Un año plúmbeo para la lucha por la paz

JOSÉ LUIS GORDILLO

Sin duda el año 2000 ha sido —otro más— el año de la violencia. Las reflexiones que siguen pretenden, desde una perspectiva pacifista y de izquierdas, valorar los asesinatos de ETA; afirmar en este sentido que ETA merece nuestro desprecio no sólo como pacifistas sino también desde una cultura de izquierdas. También proponemos (aunque no con excesiva certidumbre) alguna medida para poner en marcha procesos políticos que a lo mejor, al margen de lo que ETA desee, nos podrían llevar a un escenario más cercano a la pacificación.

Pero el año 2000 también fue un mal año para los movimientos pacifistas. Fue el año en que —así lo decidieron los medios de comunicación y los grandes partidos estatales— se estableció que el verdadero movimiento pacifista era el compuesto por aquellos grupos (Basta ya, Foro de Ermua) que lideraban las movilizaciones contra ETA en general y contra el nacionalismo vasco muy en particular. Que los auténticos pacifistas vascos eran aquellos que frente a ETA oponían la eternidad de la Constitución Española y el Estatuto Vasco, Y que, en consecuencia, denunciaban la complicidad más o menos encubierta del nacionalismo vasco (léase Gobierno Vasco y PNV) con ETA en la medida que también ellos cuestionaban la vigencia de ambos supuestamente inamovibles marcos jurídico-políticos. Desde esta nueva visión, sólo era pacifismo políticamente correcto el que defendía las opciones políticas de los dos grandes partidos. Era y es el políticamente correcto y por tanto el que merece existir. Los medios de comunicación cubrieron de forma inmisericorde cualquier declaración, comentario, o anécdota que hiciese referencia a estos nuevos y pujantes «movimientos pacifistas».

En contrapartida el otro movimiento pacifista, el de siempre, el de Gesto por la Paz y el de Elkarrri, mediáticamente dejaron de existir. Los políticos dejaron de ir a sus manifestaciones y los medios dejaron de informar sobre ellos. Ya no eran, según unos y otros, los auténticos movimientos pacifistas. Y no lo son porque no critican a instituciones y partidos políticos ligados al nacionalismo vasco. Eran —son— aliados inconscientes de ese nacionalismo que, a pesar de definirse como demócrata, en el fondo no lo es, o bien porque había tenido supuestas relaciones con ETA, o bien porque (al parecer) coincidía con ella en los fines últimos. Desde esta nueva y miserable doctrina, los activistas de Gesto que llevan años soportando en la calle los insultos y amenazas de los activistas más fanáticos de HB, son (aunque no lo sepan) aliados objetivos de ETA. Sólo es auténtico pacifismo el que repita las consignas del discurso político antinacionalista vasco del gobierno y del PSOE. Éste es el panorama, el dramático panorama para el movimiento pacifista. No podemos hacer concesiones a ETA. Pero esto no puede llevarnos a la confusión de creer que la lucha a favor de una paz justa viene de la mano de una legítima (pero obviamente parcial) defensa de una opción política.

Cuestiones previas

La unilateral decisión de volver a matar, adoptada por ETA a finales de noviembre de 1999, tuvo como consecuencia que la alta política del año 2000 girase de forma casi exclusiva en torno a los atentados y a las posibles respuestas a los mismos, Más allá de la interesada atención prestada a ETA por determinados medios de comunicación, lo

cierto es que nadie con un mínimo de sensibilidad moral puede desentenderse de los cuarenta y tanto atentados y los veintitrés asesinatos perpetrados por quienes afirman ser unos patriotas vascos y además, para acabarlo de arreglar, de izquierdas. Y menos que nadie los pacifistas. La necesidad de actuar se torna perentoria cuando, a lo dicho, se añade la criminalización por activa y por pasiva del nacionalismo vasco que no mata ni justifica asesinatos, cambios legislativos que afectan a derechos de todos y un coro de voces con altavoz mediático a favor de la introducción de la cadena perpetua. La brutalidad es muy contagiosa. Y los actos brutales de unos pocos están estimulando respuestas brutales en otros muchos.

Bien es verdad que no hay razones para el optimismo. Toda persona sensata debe reconocer que no se ven soluciones milagrosas a dos o tres años vista. Ninguna de las propuestas sobre las que se discute pueden provocar, por sí solas y a corto plazo, el final de la violencia. Ni la mera respuesta policial, ni un hipotético referéndum de autodeterminación (para resumir de forma apresurada las que se menciona con más frecuencia), pueden asegurar el cese de los asesinatos. Lo uno, porque si ETA ha demostrado algo a lo largo de sus cuarenta años de historia es su gran capacidad de reclutamiento. Mientras las voces ancestrales de la patria sigan llamando a miles de jóvenes, ETA siempre encontrará a las cincuenta, cien o doscientas personas necesarias para llevar a cabo los muchos o pocos atentados que le permitan afirmar que todavía no ha sido derrotada. Lo otro, porque la actividad de ETA y la herencia de la dictadura de Franco y de la gloriosa transición, han generado tal cúmulo de problemas en forma de asesinatos, familias de víctimas, abusos policiales, crímenes de Estado, presos, odios, resentimientos, etc., que parece muy ingenuo creer que serán resueltos en poco tiempo gracias únicamente a la autodeterminación (en especial cuando ésta se invoca a modo de sortilegio o «abracadabra»).

Si no hay soluciones milagrosas, entonces lo primero que se debe hacer es exigir más sentido de la responsabilidad a todos, sean presidentes de gobierno, dirigentes políticos o intelectuales. Unos y otros deberían cesar en su empeño de presentar la solución policial o la autodeterminación como si éstas fuesen algo parecido a un ungüento mágico.

Lo más razonable es pensar, más bien, en aplicar diversas medidas parciales, confiando en que puedan dar frutos positivos a medio y largo plazo. Pero para proponerlas es preciso, con carácter preliminar, aclararse acerca de algunas cuestiones que tradicionalmente han provocado divisiones y enfrentamientos entre los diferentes colectivos que componen el movimiento pacifista y la izquierda social.

¿Son de izquierdas el nacionalismo etnolingüista y el terror indiscriminado?

Decía Gandhi que, ante cualquier conflicto violento, los partidarios de la no violencia debían decidir si alguna de las partes enfrentadas defendía una causa justa. Si se llegaba a la conclusión de que los fines de una parte era más justos que los de la otra, se debía entonces convencer a sus valedores de que la legitimidad de su lucha se vería reforzada si abandonaban las armas y recurrían a las tácticas no violentas. La tarea de persuasión no había que hacerla, pensaba Gandhi, mediante palabras, sino mediante acciones eficaces de tipo no violento,

Así pues, la primera cuestión por resolver se refiere a si pensamos que el Reino de España, con sus jueces y policías, defiende una causa justa, aunque a veces con medios reprobables, o si, por el contrario, son más bien ETA y su entorno político quienes persiguen fines que pueden merecer nuestra adhesión, a pesar de no merecerla sus repugnantes métodos.

Y la respuesta no parece fácil. Todos los que hayan defendido con hechos—y no sólo con palabras— el respeto a los derechos y libertades básicas, no pueden sentirse cómodos cuando se les pide una defensa incondicional de los jueces y policías del Reino de España, con independencia de que valoren positivamente que se celebren elecciones periódicas, se reconozca la libertad sindical, de expresión y asociación, la abolición de la pena de muerte, etc. Y eso es así porque no se puede cerrar los ojos ante el terrorismo de Estado, la tortura o el simple hecho de que a la cárcel siempre acaben yendo los más pobres. Pero, por otro lado, todos nos hemos alegrado cuando han detenido y encarcelado, ni que sea por unos pocos meses, semanas o días, a banqueros, estafadores de altos vuelos, evasores fiscales, gobernantes corruptos, empresarios ecodidas, ex-ministros del interior, militares golpistas, asesinos psicópatas, violadores y maltratadores de mujeres, racistas y fascistas de diverso pelaje e, incluso, a un dictador como Pinochet. Por consiguiente, no parece muy ecuánime una descalificación global de lo que hacen jueces y policías. Parece más oportuna una valoración caso por caso. Sigue siendo acertado pensar que el asunto de ETA no tiene únicamente una solución policial, como hemos repetido tantas veces, ¿pero quiere eso decir que la policía no debe perseguir y detener a quienes acaban de matar a una persona elegida casi al azar?

Por otro lado ¿qué se puede opinar a estas alturas de ETA y de su proyecto político? Si nos declaramos contrarios a toda represión de la identidad cultural y partidarios del derecho de autodeterminación cuando una mayoría de la población así lo exige, alguien podría pensar que en principio deberíamos sentir sus fines como propios.

Vivimos tiempos confusos en los que no está muy claro que significa ser de izquierdas y, quien más quien menos, tiene sus objeciones a lo que en el pasado se ha entendido por serlo. Pero ¿pensamos de verdad que ETA y su mundo son de izquierdas? ¡Oh sí!, desde luego, en tiempos hubo una ETA antifranquista que suscitó una solidaridad crítica entre todos los resistentes a la dictadura. Pero de todo eso hace más de un cuarto de siglo y desde entonces ha pasado muchísima agua bajo los puentes. Recapitulemos, entonces, y empecemos por lo más básico.

ETA, como buena organización militar, ha explicado y explica su proyecto político mediante lo que podemos llamar «el lenguaje de los hechos». Vale la pena por tanto examinar un poco el mensaje transmitido por tan expresivo sistema de signos.

ETA aparece, en buena medida, como resultado de la desesperación que sentían algunos jóvenes nacionalistas por la poca resistencia antifranquista que existía en el País Vasco. Cuando ésta comenzó a expresarse hacia 1962 con huelgas en las fábricas, los jóvenes de clase media de ETA pensaron que debían aproximarse al mundo obrero. Al hacerlo descubrieron lo que todos los socialistas, comunistas y anarquistas habían descubierto un siglo antes, a saber: que la clase obrera, resultado siempre de migraciones campo-ciudad generadas por los procesos de industrialización, era un colectivo variopinto en el que convivían diferentes identidades culturales. Al tratarse de nacionalistas, ese redescubrimiento de la sopa de ajo les ocasionó graves problemas teóricos y prácticos

que se resolvieron en todos los casos de la misma forma: expulsando de sus filas a los más obreristas acusados una y otra vez de «españolistas».

Por otra parte, sus acciones violentas de los años sesenta y primeros setenta se parecían mucho a las de otros grupos de extrema izquierda de la época. Consistieron, en lo fundamental, en atentados contra miembros del aparato coactivo del Estado con los que se buscaba suscitar simpatía y adhesión entre la población más castigada por la represión del Estado tardofranquista. Eso le aproximaba entonces a la Fracción del Ejército Rojo, a las Brigadas Rojas, a algunas guerrillas latinoamericanas o a los Panteras Negras. Pero a partir de la consolidación del nuevo régimen surgido de la reforma del franquismo, sin embargo, ETA comienza a perder apoyo social y, por ello, a cambiar de estrategia militar. Como muy bien explicó Perico ¡barra en *La evolución estratégica de ETA*, (Kriselu, Donostia, 1987), pp, 191 y ss., «...con el atentado de Hipercor (y quizás con acciones similares como ¡as de Empetrol —Tarragona— y Campsa —Miranda—) parece como si ETA pretendiese atemorizar, y así presionar, a la población civil, para que ésta, a su vez presione al Estado en la concesión de las demandas de negociación de ETA. Como si tratase de extender el área y la conciencia de riesgo a toda la sociedad. Todos pueden ser (podemos ser) víctimas de un atentado. Y así todos exigirán (exigiremos) al Estado que elimine este riesgo negociando la alternativa KAS». La profusa utilización de la técnica del «coche-bomba» respondería, en parte, a un objetivo similar. Como también decía entonces R Ibarra: «En los atentados con «coche-bomba» (que en cierto modo pudieron ser los primeros antecedentes de este cambio estratégico) existe un objetivo directo estatal: instalaciones militares, autobuses de las Fuerzas de Seguridad, etc; y un objetivo indirecto civil: un cierto grado de riesgo para la población.» En esta nueva etapa, ETA se aleja de los delirantes planteamientos de la extrema izquierda de los setenta y se va acercando, con su particular «lenguaje de los hechos», al Irgun israelí, al IRA, a Hezbolá, al ELK o.... a la OTAN y sus bombas «humanitarias» favorables en teoría a la liberación nacional de los albanos-kosovares.¹¹ Por otro lado, el escuadrismo de la kale borroka ¿en qué se diferencia exactamente del de las bandas de la porra de Fuerza Nueva? Por último, su incidencia en los movimientos sociales siempre ha sido la misma: provocar su debilitamiento por la vía de generar divisiones en ellos por su mayor o menor justificación de sus actos criminales. Así ocurrió con el potente movimiento obrero, con el movimiento antinuclear, el movimiento anti-OTAN, el movimiento feminista o el movimiento antimilitarista.

Repito entonces la pregunta: ¿qué tiene que ver todo esto con la izquierda? Los que pensamos que el internacionalismo, las luchas participativas, el antimilitarismo y la no violencia deberían ser componentes esenciales de la izquierda de hoy, contestaremos enseguida: nada. Si todavía queda alguien que pone objeciones a dicha caracterización, debería al menos reflexionar sobre la distancia que media, en el discurso y en los hechos, entre esa combinación de nacionalismo etnolingüista y terror indiscriminado que es ahora ETA, y la guerrilla del Che, los Tupamaros, la última Uirike Meinhof, el MIL de Puig Antich, el Frente Sandinista o el EZLN.

Democracia contra ETA y contra el españolismo neoliberal

Visto así, de la existencia de ETA superpuesta a las reivindicaciones nacionalistas (del «contencioso vasco», como dicen los de EH) no cabe esperar nada bueno para la izquierda sociopolítica. El asunto del País Vasco habría que empezar a mirarlo con la

misma distancia política y con la misma proximidad humana con las que hemos analizado el conflicto de Kósovo, para citar un ejemplo próximo en el tiempo (aunque con la diferencia de que en este caso cualquiera de nosotros puede morir en un atentado y/o puede ver sus derechos recortados). A partir de ahí cabe hacer propuestas para intentar que disminuya la violencia y las muertes y para que los derechos de todos sean respetados. Para ello es preciso afrontar la cuestión tomando partido de forma nítida por la defensa de principios básicos cuyo respeto hay que exigir a ETA y a cualquier gobierno. El respeto a los derechos y libertades básicas de todos y a la voluntad popular serían algunos de ellos.

Respecto al primero, no se pueden hacer concesiones de ninguna clase. El derecho a la vida, a la libertad de pensamiento y de expresión, a no ser torturado, etc; no son monedas de cambio, no pueden ser objeto de negociación, ni pueden ser preteridos en aras de una supuesta «liberación nacional» o de la lucha contra el terrorismo. Respecto al segundo, conviene insistir en que si esto es una democracia, entonces los problemas se deben poder resolver de forma democrática. En ese sentido no estaría mal meditar un poco sobre los pros y los contras de algo tan constitucional^[2] (art. 92, CE.) como sería convocar un referéndum consultivo en Navarra, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, cuya pregunta podría ser algo así como: «¿Quiere usted replantear las relaciones de su comunidad autónoma con el Estado español para que aquella asuma más soberanía?».

Por un lado, convocar este tipo de referéndum no exigiría ningún cambio del marco jurídico existente. Hacerlo sólo depende de la voluntad de querer hacerlo. Por el otro, por más consultivo que fuese, nadie podría llamarse demócrata y afirmar al mismo tiempo que su resultado no tendría ninguna trascendencia política.

Si el referéndum tuviese un resultado positivo, entonces todo el mundo debería reconocer que en el País Vasco existe un problema político, pero no porque ETA mate, sino porque la población lo ha hecho saber de forma libre y democrática. Ahora bien, si el resultado fuese globalmente negativo, ¿provocaría eso por sí sólo la disolución de ETA? Sobre este punto no hay que hacerse muchas ilusiones. En realidad, fuera cual fuese el resultado, ETA siempre podría encontrar argumentos para continuar. De hecho, si fuese verdad que ETA es sensible a la voluntad popular, hace mucho tiempo que se hubiera disuelto a la vista de los reiterados resultados electorales. Las pistolas y las bombas por desgracia imponen una lógica autónoma que no es nada fácil desmontar. ¿Para qué podría servir entonces en relación con ETA? Pues para hacer pensar a los jóvenes vascos y mostrarles que aquí no hay temas tabú (algo que parecen defender los españoles neoliberales), que en democracia todo es discutible y todo se puede replantear. En otras palabras: podría servir para deslegitimar todavía más a ETA y abrir un verdadero debate entre los sectores que son su caldo de cultivo.

Los obstáculos y los inconvenientes, no obstante, también deben ser tenidos en cuenta. Para que dicho referéndum fuese de verdad la expresión de la voluntad del pueblo vasco, debería desarrollarse en un ambiente de tranquilidad y ausencia de violencia y coacción que permitiese a todo el mundo exponer razonadamente su punto de vista. Mientras persista la violencia de ETA y la kale borroka, eso será difícil. Ciertamente, por otro lado, la concentración de la propiedad de los medios de comunicación no es buena para la difusión de las propuestas de grupos minoritarios. Pero si tienen acceso a los medios públicos y sus publicaciones no son objeto de censura, esto es, si al menos se

dan las mínimas condiciones en las que se han celebrado otras elecciones y referéndums, el proceso previo a la consulta debería ser considerado aceptable.

En cualquier caso, el movimiento por la paz podría plantearse, si con ello estuvieran de acuerdo grupos pacifistas vascos como Gesto por la Paz y Elkarri, una campaña de recogida de firmas para pedir el citado referéndum, pero condicionando su entrega al cese de la actividad de ETA y su entorno callejero. En medio del marasmo en el que estamos, reflexionar sobre esta posibilidad nos permitiría empezar a afrontar el problema en positivo y recuperar una cierta capacidad de iniciativa que hasta ahora ha estado lamentablemente ausente.

[1]La comparación es bidireccional y se propone para molestar a los bien pensantes de toda condición. De hecho, no estaría mal acudir a la próxima manifestación anti-ETA con una pancarta que dijera: «ETA + aviones = OTAN y OTAN - aviones = ETA».

[2]Puestos a especular, ¿no hubiera podido el gobierno aprovechar la tregua para prometer una consulta semejante, condicionando su celebración al abandono definitivo de las armas por parte de ETA? Una propuesta semejante, ¿no hubiera dejado literalmente contra las cuerdas a la organización terrorista?